

LA HISTORIA: DESEO Y PENSAMIENTO CRÍTICO

Guillermo B. Madrazo

Lo que sigue es sólo un adelanto de un conjunto de consideraciones vinculadas con temas más generales de crítica social, de política y de autoreflexión. Este punto de partida, de carácter práctico y hasta personal, ha sido el generador de pensamientos más ceñidos a la discusión científica. Creo que se justifica hablar desde esta perspectiva poco ortodoxa a través de una publicación vinculada a la investigación, porque lo que aquí se diga tendrá que ver con las ciencias sociales y en especial con la historia, aunque el autor considere que lo que el ser humano investiga y cómo lo investiga es parte sustancial no sólo de la tarea general de la investigación científica sino también del hecho de vivir o, dicho de otro modo, de pensar y sentir desde el torbellino de este mundo *disyunto*, como lo califica un filósofo muy conocido. La elección y el tratamiento de un tema nunca son algo desligado de lo existencial, siempre dependen de una evaluación y un deseo. Este es un punto en el que también entran en el análisis, sin duda y prioritariamente, los fenómenos del inconsciente operando en lo que se investiga y en la perspectiva del propio investigador. La realidad de cada día está sustentada en irracionalidades trasmutadas luego en racionalizaciones generalmente autojustificativas, incluido el desarrollo de la ciencia. El tema me preocupa y creo que, en definitiva, es lo irracional lo que me planteo, como un interrogante que se renueva bajo nuevas formas en cada etapa histórica.

Avanzar en este terreno puede ser, desde luego, una tarea difícil y frustrante porque, en definitiva, quien llega a vislumbrar *cierto grado* de verdad comprueba, ante cada situación en estudio que nuestro mundo, que imaginábamos hasta cierto punto racional, es siempre más lejano y desconocido de lo que se podría suponer. ¿Por qué, entonces, la pertinacia en esta tarea de conocer? Pregunto algo cuya respuesta es obvia, porque aparte de la disposición de quien investiga, que es deseo y a veces compromiso, hay algo en el objeto que obliga a calar siempre más hondo debido, por supuesto, a que no existen procesos lineales o situaciones evidentes por sí mismas, sino tramas complejas que requieren del análisis con su mecanismo de sucesivas aproximaciones a través de la formulación y verificación de hipótesis y otras cosas más. Pero

esto está enmarcado en cuestiones más generales que poco a poco deberán reinstalarse como temas de debate. Por ejemplo, si existen o no prioridades para el análisis en función de demandas, o si sólo existen para determinado tipo de análisis; en qué puede haber afectado a esa labor de análisis la deconstrucción sistemática del mundo racional debida al posmodernismo; qué hay que reconocer o refutar en este terreno, son algunas preguntas que apuntan a una de las facetas del problema, lo que no haré más que dejar planteado en este artículo. Por otra parte hay que advertir (o simplemente recordar, volviendo a Foucault y otros) que el interrogante no pasa sólo por allí. Hay una realidad cambiante, vertiginosamente cambiante, que es objeto de estudio. La gran pregunta a la que poco a poco habrá que volver, es la siguiente: qué se obtiene con ese estudio, a quién o para qué sirve, cómo se involucran quienes abordan esa tarea, qué tiene que ver todo esto con el control y la manipulación del poder.

El fin de la esperanza

Punto uno: crisis del pensamiento y crisis existencial que van de la mano con una forma de ruptura histórica que no es la de una revolución. No se ha terminado con lo anterior para crear un orden nuevo, sino que la propia dinámica del proceso da paso a una gran incertidumbre en torno al futuro de la naturaleza, de la sociedad y de la cultura. Aquel mundo imaginario no era, obviamente, verdadero, pero constituía un sólido apoyo, algo trascendente en lo que se podía creer, aun para negarlo. No hay que renegar demasiado de eso que tanto nos hemos empeñado en deconstruir, porque puede no haber otra fuente de motivación más importante y necesaria que la de creer en lo que suponemos que es así, que debe ser así o, por el contrario, que debe cambiar, y más aún si aquello en que creemos es una meta es decir, algo inexistente, algo que consideramos que *todavía* no existe, (aunque ese "todavía" quizás nunca llegue a plasmar en algo nuevo).

Ese acceso con una dosis de confianza al mundo recreado por la cultura puede ser el único posible, el único modo de relacionarnos y de conocer una parte de la verdad, en especial la que brindan las matemáticas y las ciencias duras y, en una medida aceptable, las ciencias sociales y el sentido común, todo aquello que es impensable sin un marco de significaciones. Y aquí entra nuestra propia actividad como investigadores de la sociedad de todos los tiempos. Hablamos y escribimos desde nuestra inserción en aquel mundo, y aspiramos a la mayor objetividad que, sin embargo, no es la de un físico (aunque tampoco sea esta la objetividad absoluta). ¿Habrá que aceptar la existencia de cierta ineficacia instrumental intrínseca en las ciencias sociales, debido a la condición escurridiza de su objeto o sea, en relación con el carácter metafórico del otro social y cultural? ¿Convivimos, alternamos y competimos con metáforas? Parece necesario poner en tela de juicio enunciados tan fuertes y erosivos.

El mundo no es un caos ni un cosmos, pero reúne esas dos condiciones. En lo que respecta a la teoría del conocimiento, no podemos tener dudas de la limitación de nuestras facultades para captar el objeto externo en toda su complejidad y *para entendernos con ese real incognoscible que llevamos en nosotros*. Sin embargo, actuamos según el conocimiento de cosas. Eso es evidente. Se puede llegar a conocer suficientemente muchas cosas *como para saber cómo debemos comportarnos en nuestra relación con ellas mediante una conducta tendiente a fines o simplemente de base empírica*. De otro modo, no se podría vivir. Y existen, además, facilitamientos, porque el mundo tiene grandes franjas o situaciones o estados o períodos predominantemente racionales.

Trato de no separar la categoría de Real del concepto Mundo porque necesito adecuar este último a los requerimientos que plantea el estudio de la sociedad y la cultura, en cuyo marco actúan los seres humanos en un denso tejido de interrelaciones, con los dictados *de su razón y sus sentimientos* y en función de normas vinculadas a su vez a estructuras. Este es el *Mundo* de las ciencias sociales, un ámbito que sufre la misma crisis del mundo y de las concepciones del mundo y que probablemente pueda reafirmarse en viejas o nuevas certezas a través de la praxis más que de la textualidad, y por la vía de la cooperación entre disciplinas con vistas a una mayor concertación conceptual e información recíproca. El psicoanálisis, sin duda, jugará un rol importante en este intercambio, aunque hasta el momento ha estado un poco al margen de los vínculos que se han ido construyendo casi espontáneamente entre la historia, la antropología y otras disciplinas afines. Señalo esto en relación con todo lo anterior, en especial porque quiero insistir en que todos somos deseo y pensamiento y manifestamos esa ambivalencia a través de un lenguaje y de una praxis, y a veces propiciamos también la subversión de la praxis. Somos, en definitiva, el objeto de nuestras propias investigaciones. Además, porque mi propia experiencia, que es la de un esfuerzo unipersonal con el resultado de un conocimiento incompleto adquirido desde las orillas del psicoanálisis, a partir de la historia y la antropología, me dice que una mayor comunicación podría ser enriquecedora para la labor científica, aunque esta disciplina se ubique en un plano distinto al de la ciencia por la naturaleza de su objeto y, sobre todo, por su práctica.

Retornando a mi propósito central, debo aclarar que sólo quiero aportar interrogantes, aunque a veces parezcan afirmaciones. El primero se refiere a esa posible ficción a la que en parte acabo de aludir: la del mundo del discurso metafísico, que sería el escenario del sentido anticipable radicado en la palabra. O sea, lo anticipable, lo inteligible por oposición a lo Real del inconsciente, al lugar de las pulsiones, a lo que nos hace ser lo que somos y, en buena medida, pero sólo en buena medida (creo) actuar como actuamos.

Mi razonamiento me conduce a un círculo. Si la palabra, que define ese reino del sentido anticipable participa también de lo Real incognoscible porque de allí surgiría (del significante creador de significado), entonces el propio mundo está impregnado de ese Real. Así, un mundo formado exclusivamente por significados no existe. Es cierto que existe el conocimiento científico y que nadie puede dudar de su asombroso desarrollo. Pero este saber es incompleto por la intervención de lo inconsciente junto a lo racional. Además puede producir, y de hecho produce, consecuencias incontrolables, porque está enmarcado en una cultura de la competencia y la destrucción. O sea: que un modo de conocimiento (en este caso el científico) responde a las directivas de ciertas formas del deseo (crear y consumir ciencia y productos científicos y técnicos), que a su vez están *pautadas por la cultura*. Analicemos lo dicho: 1) hay un saber generado por el deseo; 2) ese deseo está condicionado por la sociedad y la cultura.

Conocimiento con referencia a estructuras

Los dos temas planteados llevan al interrogante de cómo se puede conocer lo que sólo es metáfora. Hay algo evidente: la imposibilidad de conocer en toda su verdad la realidad objetiva circundante, y la inamovible intervención del inconsciente no han detenido el avance científico fundado, obviamente, en un conocimiento incompleto pero suficiente de esa realidad. Este conocimiento es metafórico porque no es total pero eso no impide, por lo visto, determinadas formas del saber y de su aplicación práctica. Es que el objeto faltante perseguido por el conocimiento, aun cuando sea inalcanzable se exterioriza por medio de manifestaciones perceptibles. Lo real del inconsciente se expresa a través de sus síntomas, tan importantes en el curso de la terapia, según afirman los psicoanalistas. A su vez, en el orden de la sociedad global, cada individuo, por el hecho de pertenecer inevitablemente a grupos e instituciones que funcionan con ciertas pautas y normas, debe encuadrar su deseo en función de ciertos estímulos y permisividades fundados en valores, lo que hace que su conducta, como manifestación y en parte represión de esos deseos, sea inteligible y que esté en ciertos casos sujeta a alternativas previsibles de tomas de decisión. Un buen ejemplo es el conocimiento de ciertas regularidades fundado en registros estadísticos. Lo expresado no contradice, obviamente, el carácter metafórico de la percepción del otro, ni que lo real se exprese únicamente a través de sus símbolos y de una reconstrucción imaginaria.

Este conocimiento acotado de las conductas en la interacción tiene como fundamento metodológico la referencia a estructuras. No hay modo de comprender en forma cabal conductas colectivas y aun individuales fuera de un marco de estructuralidad y, en este sentido, el uso de modelos con referencia a

la sociedad está plenamente justificado. Pero no pienso en estructuras ideales inmutables porque es un tema que no me compete, sino en una categoría histórica de relativa permanencia que no es otra que la relativa larga duración de conjuntos de interrelaciones fundadas en intereses y valoraciones. Si tuviera que ser más explícito y analítico empezaría por lo más inmediato que es la palabra, para recordar su vinculación con el deseo, inseparable a su vez de cierta forma de identidad individual o colectiva, de determinados valores y de cierta concepción del mundo. Todo ello fundado en indudables intereses materiales, desde intereses de grupo y de clase hasta sentimientos compartidos de pertenencia a un territorio. La pertenencia, cualquiera sea la forma que asuma es un rasgo definitorio. Los individuos y los grupos están ligados indefectiblemente a determinadas estructuras a las que pertenecen o bien que operan como modelos a los que se aspira. Insisto: estructuras históricas que llegan a transformarse y desaparecer con el curso del tiempo. El gran interés de la historia económica ha sido, precisamente, estudiar y definir estructuras que tienen un gran carácter explicativo en relación con la vida social. Con frecuencia los humanos tenemos opciones frente a cada situación pero no en infinito número. Tratamos de hacer lo que nos ordena nuestro deseo, pero rara vez lo logramos. Y eso es lo que hace que nuestra conducta, en sus manifestaciones objetivas, sea inteligible, lo que en definitiva permite entender bastante lo que pasa en el *Mundo*.

En este sentido, el *Otro no es pura metáfora* porque se lo puede entender en el terreno de su praxis, y aquí es donde se puede lograr el nivel de explicación en historia, en antropología y en sociología sobre una base de objetividad acotada. Este es un tema básico. Además de la explicación racional (relativa) de los comportamientos racionales, es posible el mismo tipo de enfoque para los comportamientos irracionales como, por ejemplo, un pánico financiero. Por eso se dice que este tipo de fenómenos tienen su propia lógica, porque pueden ser explicados en función de estructuras y coyunturas aunque esto, a mi modo de ver, no los hace necesariamente racionales.

Precisamente en este momento histórico de descomposición social, existe a veces una gran dificultad para poder comprender determinadas formas de conducta *que parecen constituir manifestaciones de pura irracionalidad, sin referentes válidos e inteligibles sólo en un nivel de gran generalidad*. Es un fenómeno derivado de la labilidad de estructuras que eran fuertemente referenciales, *correlativo al fenómeno inverso de acumulación del poder de organización y de decisión en ciertos polos internacionales ligados al capital financiero*.

En mi opinión, estos fundamentos referenciales marcan las posibilidades y los límites del conocimiento en ciencias sociales. En realidad es un tema emergente que nunca termina de discutirse. Desde otra posición existencial

nos planteábamos el logro de la racionalidad más estricta como condición necesaria del pensamiento crítico en cualquier campo de investigación, algo que forma parte del concepto mismo de ciencia. En una fecha no lejana este ideal (que ahora considero válido *como aspiración*) estuvo representado por el estructuralismo que tal vez constituyó su último gran momento. Con respecto a esto recuerdo en especial las discusiones y el interés de los antropólogos e historiadores cuando las obras de Godelier llegaron al país, dentro del bagaje estructuralista. Una de las cosas que planteó brillantemente este autor, desde una antropología económica racionalista y marxista, fue que no hay racionalidad económica “en sí” que pueda adjudicarse a un sistema socioeconómico y no a otros, sino que todos poseen formas específicas de racionalidad. Desplazando el enfoque hacia el terreno epistemológico, Godelier señaló, en consecuencia, que esa racionalidad económica siempre presente debe corresponderse necesariamente con la racionalidad de la ciencia económica y también de las otras ciencias sociales que intervienen en este tipo de estudios¹.

Con esto quedaban planteadas varias cuestiones, y una ellas, que no podré desarrollar ahora, es la de la racionalidad que desde Max Weber se le adjudica al capitalismo. La crítica del racionalismo estructuralista no está dirigida a este concepto central, sino a que se niegue en forma tácita o explícita que los sistemas precapitalistas puedan funcionar racionalmente. Pero esta concepción a mi juicio también falla *en la medida en que se piensa en una racionalidad estructural de los diversos sistemas*. Precisamente el capitalismo, que Weber ha tomado como modelo, sólo podría ser considerado un sistema racional en sus etapas iniciales y de maduración a lo sumo. Su desarrollo reciente y actual sigue una lógica perversa y autodestructiva y eso habla por sí mismo. Es que el concepto de estructura racional sin matices merece críticas a partir de su propia naturaleza de categoría histórica. En este sentido, toda la argumentación contenida en este artículo conduce a señalar que la correspondencia entre estructuras históricas y ciencia racional es relativa y que es necesario relativizar todas las seguridades que brindaba la tradicional concepción cartesiana para darle cabida en nuestras reflexiones *al deseo* como manifestación siempre activa del inconsciente, constitutiva en mayor o menor medida de toda actividad, incluida la científica. La ciencia como praxis es vida que no se puede poner entre paréntesis, y en ese terreno hay que ubicar, en mi opinión, estas reflexiones. Por ello, algo habrá que decir también acerca de los límites de la objetividad.

¿Hay que repensar la Historia?

El deseo se vincula con la falta y mueve al Mundo. Una vez más tropiezo con esta confluencia del mundo del sentido anticipable (es decir, de la Palabra), y de lo Real. Ambas cosas van juntas en la historia de la humanidad. El hombre surge con la palabra y simultáneamente con el sentimiento de la falta y

por lo tanto con el deseo. Como es obvio, la palabra es cultura. La cultura y la sociedad son tan determinantes como las pulsiones y de hecho enmarcan a la conducta, lo que explica por qué los mecanismos de defensa deben producir racionalizaciones justificadoras en función de pautas generalizadas y normas.

Formulo las siguientes observaciones provisionarias: Quizás en el terreno del psicoanálisis sea necesario subrayar la oposición mencionada (Mundo vs. Deseo) por razones de demostración teórica y en función del carácter acotado de la transferencia y de la interrelación psicoanalítica, que en general transcurre entre un Ego y un Alter individuales. Pero en términos más amplios, la separación parece dejar lugar a una síntesis. Lo racional provendría en gran parte de la racionalización de las manifestaciones del deseo, y ambos edificarían en forma conjunta su realidad, que sería la del mundo no separado *de* sino atravesado *por* lo Real incognoscible. En cuanto a la herramienta metodológica, no se puede prescindir de una forma de análisis racional imperfecto pero suficiente, a pesar de no poder penetrar en aquel Real que incluyo en el Mundo. La explicación (y justificación) reside en que la conducta en sociedad -no en lo estrictamente personal sino en todo aquello que interesa al grupo- no es libre y por el hecho de estar pautada siempre puede ser analizada y comprendida, aun en sus manifestaciones de mayor irracionalidad. La empatía y la intuición pueden ser importantes en la formulación de hipótesis, pero no son suficientes para entender la conducta humana a nivel de la sociedad global.

Lo dicho toca distintos niveles de análisis en los que nuestra conducta racional tiene como fundamento último al deseo. En esa permanente ambivalencia transcurre la vida humana individual y colectiva, y con ella la historia, o sea la evolución de la sociedad y la cultura. El conocimiento de ese mundo complejo es una tarea de las ciencias sociales, incluida la historia. Y aquí no se puede eludir la dificultad que acabamos de esbozar, que es la de la sujeción al inconsciente, que en buena medida se opondría al logro perfecto del análisis racional no condicionado. Y esto, por el hecho de que el investigador mismo (como el analista, en la clínica) sería incapaz de evitar la interferencia de sus propios deseos.

En este punto quiero referirme en especial a la historia. ¿Habrá que repensarla, ver si sirve realmente a la memoria colectiva, volver a discutir sus categorías, sus objetivos, sus métodos? Pienso en la Historia que merece realmente ese nombre, la que insume un gran esfuerzo intelectual orientado a una tarea no sólo de registro sino también de explicación. Esfuerzo por interpretar, por lo tanto, a la historia fáctica que transcurre. Interpretación de un mundo de significados y, muchas veces, de su trasfondo más oculto enraizado en el nivel del deseo y de sus productos pero también -esto es importante- de la cultura productora de normas y represiones. Interpretación histórica inseparable del mundo incluido ese real recóndito que, *según vivimos*, sería imposible pero inte-

ligible, porque hay marcos sociales y culturales que lo contienen y permiten observarlo y contextualizarlo a través de sus manifestaciones, como ocurre en otro orden con el síntoma.

Cualquiera que sea su dimensión, la historia se nutre del devenir del mundo, intenta reflejar su realidad engañosa, lo interpreta (debo aclarar que digo estas cosas obvias para recordar el compromiso y la suerte compartida de la Historia con el Mundo). Una actitud frecuente en este quehacer es la de situarse "frente al Mundo" no para enjuiciarlo como haríamos muchos sino para tomar distancia y describirlo mediante el correspondiente uso y crítica de fuentes, tal como el mismo *se muestra* (¿significaría esto una aceptación de hecho o quizás un intento de prescindencia y avaloración? ¿Implicaría un retorno del positivismo? Y, en ese caso, ¿se describiría al mundo tal como es, o *como dice ser*? Son temas a discutir). Este situarse con intención desapasionada frente a un objeto parecería reunir condiciones deseables de objetividad, precisamente, y de prescindencia. Y hasta cierto punto es así, pero con las limitaciones señaladas, ya que se trata de un ideal inalcanzable en su totalidad pero irrenunciable. De cualquier modo esta aspiración debería ir acompañada, creo, por una discusión acerca de las finalidades.

Ciencias sociales y compromiso

Transformar la objetividad en un fin no es la única forma de entender las cosas. Una actitud distinta, a la que nuestra época ha ido renunciando, es la que implica no sólo la crítica de fuentes con la mayor objetividad posible sino también esa crítica más profunda que se ejerce desde una posición de sensibilidad humana y de compromiso con la sociedad. La que exige llevar el análisis *hasta sus últimas consecuencias*, hasta el nivel en el que se descubre el revés de la trama con sus bordados sutiles de engaño y dominación, y crear durante esa tarea una herramienta teórica opuesta al mundo. Además de describir y de explicar, denunciar o sentar las bases para la crítica. Naturalmente se trata de una opción para quienes sienten la necesidad de retomar la vía de la crítica social. Por ello, cada investigador social -en este caso, cada historiador- tiene el derecho indudable de abordar cualquier tema con cualquier perspectiva teórica, siempre que sea con el debido rigor científico. Pero cuando lo que se analiza es una situación de discriminación, opresión, explotación o cualquier otra forma de injusticia, hay que ir hasta el fondo, lo que sin duda implicará poner al descubierto el juego de intereses que permanecen ocultos. ¿Hablar de estas cosas es incriminarse en política? Toda la vida social y la memoria colectiva son parte de la política. Quien lo haga dentro del marco señalado de rigor científico y sensibilidad social estará cumpliendo un rol válido y necesario.

En este sentido, hasta hace muy poco muchos investigadores de primera línea trabajaban con la idea de una historia rigurosa y a la vez comprometida,

que podía o quizás debía involucrarse en la solución de problemas mediante su aporte de conocimiento crítico. Hoy el péndulo retorna a la búsqueda de objetividad que, sin duda, vale como aspiración a pesar de lo relativo de ese objetivo de infalibilidad como meta única. Sin embargo, hay que insistir en que no sólo la historia, no sólo las ciencias sociales sino la ciencia toda están cargadas de limitaciones y de subjetividad distorsionadora, y que eso es inevitable en el mundo de los seres humanos. Abordar el análisis de todo lo que interfiere y a veces desvía la investigación sería una tarea compleja, con muchos frentes. Crear es un acto complejo vinculado a un objetivo y en el que intervienen valores en función de fines y al mismo tiempo como diques contenedores del goce y el odio. Esto último, porque la creación es la culminación de la actividad del deseo. Esto es verdad sobre todo cuando se asume una posición individualista. Se trata del Yo empeñado en una lucha sorda frente a posibles competidores. En relación con esto, ocurren constantemente diversas manifestaciones del deseo o de simple necesidad que acompañan a la investigación y que pueden distorsionarla, aunque nadie las plantea. Dejando de lado situaciones comunes, como la de la persecución ideológica, pensemos en la frecuencia con que se impone el deseo de enrolarse en temas exitosos, o de buscar ansiosamente prestigio, o el deseo o la necesidad de cumplir con los plazos de un informe por sobre la calidad del trabajo, o de acumular títulos de publicaciones con el mismo resultado. ¿Alguien puede decir que esto no ocurre?

Por otra parte, lo producido también responde a expectativas ajenas o las genera. Visto desde la perspectiva de los otros, de los intereses colectivos y de la sujeción a normas, las cosas creadas aparecen como buenas en la medida en que hacen posible la satisfacción del deseo de esos otros, actuantes ahora en calidad de sujetos, sin que esto signifique juzgar acerca de la licitud de ese deseo en una situación dada. Pero entonces, en un marco de tantas subjetividades ¿la historia responde actualmente a la demanda de la sociedad o ese lugar lo ocupa una vía no científica de invención de la memoria, nutrida de saberes empíricos tal vez operativos, pero también de conocimientos imperfectos, de experiencias colectivas, de formas de pensar inducidas por los medios, de deseos, de adhesiones espontáneas, rechazos y actitudes indiferentes de diverso tipo, sin base racional? Vamos a aceptar que todo esto pesa con fuerza en la conformación de la memoria pero que, aun así, la Historia con mayúscula puede aportar conocimientos con un alto grado de verdad que ayuden a formar opinión.

En aquel compartir de un modo u otro los avatares de un mundo en crisis, sus incertidumbres y sus riesgos, creo que hay líneas actuales de investigación histórica que han sido y son muy importantes como generadoras de teoría. A veces, en ellas se advierte la impronta del marxismo y se puede afirmar que, de uno u otro modo, durante mucho tiempo se recorrieron cauces abiertos por

Marx o a partir de Marx. Desde ese enfoque, el análisis de la resistencia a la dominación social y cultural estuvo en primer plano y de allí derivó el interés por el estudio de las estrategias grupales de interacción social. ¿Cómo sobreviven los sectores subordinados, a veces reducidos a situaciones de vida desesperantes? ¿Cómo se manifiestan sus formas de resistencia? ¿Se puede hablar siempre de resistencia? ¿Por qué se acepta y se desea la dominación? Toda una serie de ideas y abordajes teóricos intentó responder a esos y otros interrogantes y hubo agudos planteos mientras la sociedad permaneció abierta a lo que se ha dado en llamar la utopía. Hoy el “mundo”: los hombres, el sustrato material, las ideas, en confusa mezcla con ese inconsciente impredecible a nivel individual que propongo reintroducir en el Mundo y que tiene que ver con todo lo anterior, dictan sus preferencias, sus estímulos a la creatividad y sus apoyos o rechazos a partir de una situación de desequilibrios tan incontrolable y crecientemente irracional que sugiere la idea de una crisis terminal. Es el momento en el que la investigación de la sociedad puede quedar involucrada en la crisis de su objeto y generar enfoques descontextualizados o repeticiones rutinarias. Cabe observar que en buena medida los viejos temas de la historia social comprometida derivan hacia lo que calificaré como estudios *objetivos* de casos, hasta hacer prever que se puede llegar finalmente a un punto de repetición en el que se haga común estudiar *objetivamente* casos de despliegue de estrategias, casos de pacto, casos de “reciprocidad” social, con una buena dosis de olvido o con total olvido del marco referencial insoslayable de la dominación y de las características estructurales y consecuencias de las formas de redistribución de bienes y oportunidades.

Mientras tanto observemos, sin abrir demasiados juicios, que de los planteos generalizadores se fue pasando a enfoques micro, y de la larga y media duración a la más breve hasta anclar en la cotidianeidad, cosa que a veces fue enriquecedora. Además, brindó gran placer este redescubrimiento de lo instantáneo fugaz. Muchas veces al comienzo hubo un propósito manifiesto de avanzar en el estudio de aspectos que Marx había dejado planteados sin llegar a desarrollarlos y esto dio lugar a enfoques diversos. Los argentinos del exilio en los años de la dictadura abordaron numerosos temas de historia social y económica con esa base teórica y produjeron obras valiosas y nuevos campos de análisis, en tanto el mismo esfuerzo era desplegado en Europa y, especialmente, en Francia. ¿Y qué decir del análisis de lo denominado superestructural? Hacia esos años el propio Levy-Strauss reivindicaba su filiación marxista al presentar al estructuralismo como un intento por explorar y profundizar el conocimiento en ese nivel superestructural de análisis.

Aquí no voy a emplear los términos “supra” e “infra” porque siempre han dado lugar a simplificaciones deformadoras (a veces, intencionadas). Sí diré algo acerca de dos factores que son parte de esa discusión: la praxis y el habla.

La Palabra y la Praxis

En esta revisión introductoria de los distintos componentes del objeto *Mundo*, el tema tan actual de la Palabra (incluida la escritura) tiene un lugar de privilegio, aunque es imprescindible llenarlo de un contenido vital mediante su vinculación con la teoría de la acción.

La palabra nos sitúa entre lo real de la relación con el Otro y la franja de estructuración racional del mundo. Ella es portadora de un significado que la precede y que la hace inteligible, pero también se enraiza en el deseo que alimenta el diálogo. Esto último la distinguiría del discurso, aunque este aspecto no es demasiado evidente. El discurso, se nos dice, constituye un mensaje al margen del deseo, sin sujeto (el sujeto es sujeto de la palabra) y sin interlocutor. En la acepción lacaniana (según creo entender) de la cual deliberadamente me he apartado, el discurso habitaría totalmente en el mundo, siempre en relación con el concepto demasiado extremo de un mundo constituido exclusivamente por significados. Sea como sea, este modo de entender al discurso *necesariamente conduce a interpretaciones en el orden histórico* y por eso lo introduzco en este comentario. Porque en el orden de las relaciones sociales complejas el mensaje refuerza algún tipo de poder; alguien por sí o como representante de algo comunica determinada cosa a un individuo o a muchos desde una posición de autoridad, cualquiera que sea (sin que su discurso deba ser necesariamente autoritario). Se supone que eso le daría el carácter de un mensaje sin respuesta; el otro no habla y en la medida en que no habla sólo habría discurso: la palabra estaría ausente.

Desde las ciencias sociales, también en este tema se plantearían diferencias en cuanto a considerar al discurso como enunciado no participativo por definición, y en cuanto al énfasis con que se aborda determinado tipo de discurso. En relación con esto, parece que se podría atenuar en cierta medida la división neta entre la palabra y el discurso por varias razones. En primer lugar, hay que establecer diferencias. El discurso académico o filosófico es la expresión de un enunciado unidireccional, pero que a largo plazo y en el orden de la vida social es participativo, aunque la gestación de una reacción o reacciones sea de una gran lentitud. En mi opinión, siempre hay una reacción. Pero en este momento estoy pensando no en ese discurso, sino en el político, que nace con fuerza a partir del deseo y busca -y casi siempre genera- cierto tipo de praxis como respuesta a veces inmediata individual o colectiva, ligada igualmente al deseo. Y esta es, precisamente, la segunda observación a anotar. No se puede considerar a la palabra y al discurso -sobre todo pero no exclusivamente en el orden político- como categorías separadas de la acción, sin violentar una relación que pertenece al orden natural.

De cualquier modo, aunque no haya respuesta directa de la palabra al mensaje del discurso, en su entorno se pueden generar múltiples situaciones de diálogo. En esos casos el discurso actúa como un disparador. Y creo que es discurso y no palabra por esa falta de respuesta directa en la locución y por su carácter de expresión de autoridad, aunque muchas veces está dirigido a la búsqueda de consenso para consolidar una situación o para avanzar hacia un cambio *deseado*, cualquiera que sea. No siempre es, por lo tanto, sólo un medio expresivo portador de un enunciado. Me permito, en esto, considerar con cierto margen de libertad este tema tan importante.

Desde luego, esto se vincula más con las demandas de la vida social que con la filosofía, por una parte, o el psicoanálisis, en el extremo opuesto, y de allí su significación para la historia de la sociedad. En este sentido, el discurso se muestra de otro modo: autoritario o motivador, pero no necesariamente opuesto a la palabra, de modo tal que puede conducir a la figura del padre, al que está ligado, pero para seguirlo, rechazarlo o ponerle límites. No hay por qué aceptar la castración simbólica. Lo ideal es que lo que el discurso enuncie pueda ser debatido, rebatido y confrontado con la praxis. Pienso en lo importante que es determinar entonces, al estudiar momentos de transformación histórica, en qué situaciones el discurso aparece despojado de su carácter autoritario, logrando el consenso y el debate necesario para que su enunciado sea intérprete y movilizador de un gran deseo de justicia. Cuándo ocurre que un enunciado quizás elaborado por pocos, o por un líder, abre cauces legítimos a la utopía. Cuándo el discurso logra tener un sujeto y ser significativo para el Otro, recuperando así la presencia del deseo en cada situación vivida y poniéndose a tono con la palabra y el diálogo. En definitiva, el deseo está en la base de todo discurso que busque un destinatario y el reconocimiento de ese hecho le puede conferir el carácter de convocatoria. El deseo está también en la base de toda palabra, en la relación de Tú y Yo.

Insistamos ahora en esto: la palabra y el discurso no existen fuera de la sociedad y, por lo tanto, de la praxis. Quiero recordar a este respecto conceptos de Rodolfo Mondolfo, un filósofo comprometido con la vida². Este autor desmenuzó y desarrolló el concepto de praxis y de subversión de la praxis formulados por Marx. El término praxis, en sus obras, no coincidía con el significado habitual de "práctica", porque comprendía también la actividad teórica, como ocurría, según lo señaló, con la acepción original del vocablo en la antigua Grecia mantenida en el idioma alemán. Teoría y práctica eran concebidas como dos categorías inseparables. Traigo esto a colación porque en sus obras Mondolfo destacó aspectos y conceptos que hoy son de total actualidad, referidos a la necesidad como principio motor. El término *necesidad* es utilizado por Mondolfo como en un sentido amplio, no biologista (hoy se diría deseo)

y entendido *como carencia y principio de actividad*. O sea que en esa carencia, que es la falta, él veía la génesis de toda transformación histórica. Analizando la obra de Feuerbach rescata conceptos similares: “El concepto de necesidad equivale en Feuerbach al no ser hegeliano, en cuanto está aprehendido en la conciencia, es el **sentimiento de una carencia, de un límite**, de donde surge la aspiración a su superación.” Se trata del hombre como ser que se propone un fin. Con palabras del propio Feuerbach “un hombre tal [.....] se contenta con obrar, transforma sus aspiraciones realizables en fines de actividad práctica”. Y acerca de estas expresiones, el comentario de Mondolfo: “La teoría se transforma así en la praxis. El estímulo para el pensamiento es también estímulo para la actividad práctica y en esto consiste la fuerza **revolucionaria de la palabra**; en cuanto que la comunicación del pensamiento es comunicación del impulso para obrar.” [*Los realces en negrita son del autor de este artículo.*]

Sin teoría, dice Mondolfo, que brinde conciencia de los límites y que a partir de la carencia suscite la aspiración a convertir la potencia en acto, no es posible verdadera praxis. “Ni la sola voluntad, ni el conocimiento indeterminado, sino el fin aplicado a las acciones, funda la unidad de la teoría y de la praxis”... Hasta aquí, si se confronta esta afirmación con la teoría de la acción racional en autores más recientes, como Habermas, surge una extraordinaria coincidencia.

Pero aún queda un aspecto importante. En esta exposición de la acción orientada a fines, Mondolfo señala con énfasis (siempre con relación a escritos de Feuerbach) la relación entre “razón y corazón” en el origen de las tomas de decisión, y el cumplimiento de una actividad creativa *como generadora de goce*. En ese sentido la sociedad aparece como la realidad concreta de la vida del hombre: “la verdadera unidad de teoría y praxis no puede resultar en la consideración de un solo individuo, sino solamente en la concepción del organismo colectivo de la humanidad.”

Ahora la idea estaría completa y podríamos reelaborarla diciendo que la conducta del ser humano, en la medida en que se orienta de acuerdo a fines, se desenvuelve prioritariamente, sobre la base de planes, con la salvedad de que el despliegue racional que los fundamenta y la actividad consiguiente están generados por un fondo de deseo y muchas veces de necesidad, en situaciones límite. Dicho de otro modo, la existencia de un nivel profundo de deseo, incognoscible y sentido como una experiencia, da lugar a racionalizaciones diversas y es parte fundamental no sólo de la palabra sino también de la praxis. En la praxis revolucionaria de nuestro siglo ha pesado más -por lo menos en lo que hace a la participación de grandes sectores- el deseo de lograr justicia y libertad, que la teoría de la plusvalía.

Razón y corazón

Agregando a estas consideraciones lo que ha sido expuesto anteriormente sobre el carácter de las estructuras sociales, se podría revalorizar la síntesis de *razón más corazón* como principio motor de la vida social y de la historia, dentro del marco de racionalidad objetiva que es introducido por la estructuralidad del mundo. Esto último es condicionante. Diremos así que la orientación del deseo, la elección de fines y la praxis (sobre todo la praxis de carácter grupal) no son enteramente caprichosos porque están sujetos a condicionamientos. En la realidad objetiva de la vida social se forman, se consolidan en el largo plazo y desaparecen redes intrincadas de relaciones *fundadas sobre intereses diversos y sobre sus perspectivas de valoración correlativas*. Se trata de conjuntos siempre complejos que mantienen cierta permanencia, constituyendo así entidades estructuradas. No son pues otra cosa que estructuras y, más aún, estructuras de poder. Esto es lo que determina la necesidad de estudiarlas, dentro de los límites en que lo permite nuestra aprehensión incompleta e interesada de la verdad. Estudiarlas para definir, tanto la naturaleza de esas estructuras y su funcionamiento en la historia como referentes del accionar de individuos y grupos, como las coyunturas de subversión de la praxis y de cambio. En este sentido, quizás una tarea insoslayable en cada caso en estudio sea la del seguimiento de determinadas estructuras condicionantes a través de sus transformaciones en el tiempo y la captación del sentido de esas transformaciones. Este tipo de análisis toma distancia de las abstracciones puras para operar con la realidad objetiva, con el mundo verdadero de los intereses y los conflictos y también de las tomas de posición conscientes e inconscientes en relación con ellos. Esta será la oportunidad en la que la subjetividad del investigador planteará desarrollos teóricos y metodologías desde una determinada e inevitable perspectiva de deseo.

Notas

¹ Maurice Godelier: *Racionalidad e Irracionalidad en Economía, México, Siglo XXI, 1975.*

² Me refiero al destacado filósofo marxista y humanista italiano que luego de huir del fascismo se radicó en la Argentina y enseñó en nuestras universidades. Algunas de sus obras de la década de 1920 fueron traducidas al español y publicadas en nuestro país, en especial Feuerbach y Marx, obra de la que tomo las citas del texto. Fue publicada en Buenos Aires por editorial Claridad, s.f. (¿1936?).

Resumen

LA HISTORIA: DESEO Y PENSAMIENTO CRITICO

La conducta racional tiene como fundamento último al deseo. Pero dada esa permanente ambivalencia, ¿cuáles son los límites del conocimiento frente a la vigencia de lo real incognoscible? ¿Convivimos, alternamos y competimos con metáforas? La respuesta del autor es que la historia y el resto de las ciencias sociales pueden alcanzar un cierto grado aceptable de objetividad y certeza, al estudiar la interacción humana con referencia a estructuras y coyunturas históricas. En este sentido, **el Otro no es pura metáfora**. Desde esos referentes es posible analizar la palabra -lejos de la pura textualidad- en vinculación con la praxis. Un análisis profundo que debe conducir al esclarecimiento de las conductas del ser humano frente al devenir y de su responsabilidad en la generación y ocultamiento de las situaciones de injusticia.

Guillermo B. Madrazo

Abstract

HISTORY: DESIRE AND CRITICAL THINKING

Rational behaviour has desire as final ground. But, considering that permanent ambivalence, which are the limits of knowledge in front of the force of the actual unknowable? Do we live together, interchange and contest with metaphors? The author's answer is that History and the rest of political sciences are able to reach some degree of objectivity and certainty, when they study human interaction regarding historical structures and articulations. In this sense, **the other one is not a simple metaphor**. From those referents, it is possible to analyze the word -far from the pure textuality- relating it with praxis. A deep analysis which has to lead to the elucidation of the behaviours of human beings in front of becoming times and their responsibility in the generation and hiding of situations of injustice.

Guillermo B. Madrazo